

Queridos hermanos y hermanas

El Concilio Vaticano II, al final de la Constitución sobre la Iglesia nos ha dejado este texto sobre María nuestra madre: «La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor, brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (n. 68)

En esta fiesta que nos reúne como consagrados mirando a María imagen de la iglesia y modelo de nuestra consagración los invito a poner el corazón en estas tres palabras, especialmente en esta hora de desaliento e incertidumbre, pero también de Esperanza: Encuentro, Lucha, Profecía.

Encuentro

El Papa Francisco nos recordó al comienzo del año, promover y renovar la cultura del encuentro, María nos lo enseña que Todo comenzó gracias al encuentro con el Señor, para ella y para nosotros, De un encuentro y de una llamada nació el camino de la consagración. Es necesario hacer memoria de ello.

Nuestra Madre está atenta a su Señor, está disponible a su Palabra, es libre, sin ataduras humanas para así responder no solo con su palabra sino con su vida a la llamada de Dios.

“La vida consagrada nace y renace del encuentro con Jesús tal como es: pobre, casto y obediente. Se mueve por una doble vía: por un lado, la iniciativa amorosa de Dios, de la que todo comienza y a la que siempre debemos regresar; por otro lado, nuestra respuesta, que es de amor verdadero cuando se da sin peros ni excusas, y cuando imita a Jesús pobre, casto y obediente. Así, mientras la vida del mundo trata de acumular, la vida consagrada deja las riquezas que son pasajeras para abrazar a Aquel que permanece. La vida del mundo persigue los placeres y los deseos del yo, la vida consagrada libera el afecto de toda posesión para amar completamente a Dios y a los demás. La vida del mundo se empeña en hacer lo que quiere, la vida consagrada elige la obediencia humilde como la libertad más grande. Y mientras la vida del mundo deja pronto con las manos y el corazón vacíos, la vida según Jesús colma de paz hasta el final, como en el Evangelio, en el que los ancianos llegan felices al ocaso de la vida, con el Señor en sus manos y la alegría en el corazón.”

“Encuentro: No sólo en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en todo lo que hacemos: en la oración, en el trabajo, en la comida, al teléfono, en la escuela, con los pobres, en todas partes. Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum.”

Que nadie ni nada haga imposible este encuentro con el SEÑOR que nos llama.

Lucha

Hoy vivimos esta lucha y María lo sabe desde el comienzo de su encuentro y la llamada, luego junto a su hijo, el maligno que está presente , quiere que no logremos este encuentro, que no logremos la comunión con el Señor de la Vida, que no triunfe la gracia. De acomodarnos y vivir de la apariencia, de la búsqueda de poder y promover el clericalismo, de callar, de encubrir, de no abrir la participación especialmente, a la mujer, de no decir con fuerza un basta y un nunca más de abusos, de no darle al pobre y

sufrientes el lugar de privilegio en nuestra misión. El pecado personal y social, siempre deja la misma huella, la tristeza y el derrotismo, por eso es necesario comprender que Cristo ha de padecer para entrar a su gloria, debemos prepararnos para pasar del dolor a la esperanza y eso se nos olvida. María esta al pie de la cruz, sabe que el amor de su Hijo triunfará. Es fácil caer en este juego del mal, de dejar crecer la desesperanza y la tristeza, de perder la alegría en nosotros y apagar el anhelo de santidad.

Tenemos que estar dispuestos a esta lucha por el reino, junto al pueblo de DIOS, hemos de comenzar un camino de conversión personal, para no tener más título que de hermanos y servidores, así es como tenemos que ser reconocidos.

Profecía

Este es el desafío que se nos presenta en esta hora de la historia a nuestra iglesia.

Nuestra consagración que está cargada de profetismo: está llamada a ser una vida que cala, que cuestiona, una mirada que taladra la realidad, que incomoda, que da esperanza, que anticipa, que ve más allá, en esto, cuanto tenemos que ayudarnos.

Junto a nuestra Madre María a quien celebramos hoy, con ella tenemos que animarnos mutuamente, fraternalmente en este kairós que vive nuestra iglesia, para ser una iglesia profética que sabe poner a Jesús en el centro y con esta fuerza convocar para generar espacios que acompañen y defiendan la vida

Junto a nuestra Madre María estamos desafiados a ser la Iglesia profética que sabe poner a Jesús en el centro con sinceridad que sea capaz, como nos recordaba san Alberto de “confesar que, en nuestra historia personal, y en la historia de nuestro Chile, ha habido injusticia, mentira, odio, culpa, indiferencia. [Y los invitaba a ser] sinceros, humildes y decir al Señor: ¡hemos pecado contra ti! Pecar contra nuestro hermano, el hombre y la mujer, es pecar contra Cristo, que murió y resucitó por todos los hombres. ¡Seamos sinceros, humildes! ¡Pequé Señor contra ti! ¡No obedecí a tu evangelio!”.

Queridos hermanos y hermanas el testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del evangelio para la construcción del reino de Dios”.

La exhortación apostólica Vita Consecrata dice que “la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con El, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado”.

La profecía está en el corazón mismo de nuestra consagración. Es un don que hay que acoger y al que hay que responder.

Es un don que debemos poner al servicio de nuestra misión, y al mismo tiempo una responsabilidad, porque implica dar testimonio con nuestra vida de la centralidad del Reino, ser portadores de esperanza, denunciar las injusticias, estar junto al más necesitado.

Permítenos Señor en esta fiesta de nuestra Madre y fiesta de la vida consagrada poder conjugar entre nosotros estas tres palabras **encuentro, lucha y profecía**.

P Pedro Pablo Garín Muñoz
Vicario Vida consagrada / Arzobispado de Santiago / Agosto 2018